

Feminismo y masculinidad: ¿mujeres contra hombres?

Julio César González Pagés

Profesor. Universidad de La Habana.

Los hombres no acostumbramos a escribir sobre nuestra historia emocional. Preferimos resaltar los valores vinculados con la beligerancia. Cuando las mujeres han intentado desvirtuar este discurso androcéntrico han sido tachadas de locas, brujas o hechiceras. Ante esa prédica patriarcal, desde la colonia las cubanas respondieron con posiciones feministas que contrarrestaban la infamia desatada contra ellas.

En opinión de la profesora universitaria Teresa Díaz Canals, en la mujer se polarizan los conflictos morales de la Cuba colonial.¹ Una de las grandes escritoras hispanas del siglo XIX, Gertrudis Gómez de Avellaneda, aún está pagando la osadía de colaborar en España, Francia y Cuba con un movimiento de ideas que atacaba a la masculinidad hegemónica. Ni siquiera el héroe nacional cubano José Martí pudo sustraerse al prejuicio de ver en la mujer el centro de los preceptos morales. Al comparar a Avellaneda con otra escritora cubana contemporánea suya, Luisa Pérez de Zambrana, Martí llegaría a expresar:

Hay un hombre altivo, a las veces fiero, en la poesía de Avellaneda hay en todos los versos de Luisa un alma clara

de mujer [...] No hay mujer en Gertrudis Gómez de Avellaneda: todo anunciaba en ella un ánimo potente y varonil; era su cuerpo alto y robusto, como su poesía ruda y enérgica. La Avellaneda no sintió el dolor humano: era más alto y más potente que él.²

La descripción sepultó a Avellaneda como paradigma. Una mujer: fiera, potente, varonil, alta, robusta, ruda y enérgica se alejaba de cualquiera de los estereotipos preconcebidos para la aceptación de la mujer. La «masculinidad» de Avellaneda invalidó su feminismo para la historia.

Las reflexiones en torno a la diferencia entre los diseños sociales de mujeres y hombres ocuparon, de forma paulatina, un espacio en la prensa cubana decimonónica. Otra importante escritora cubana del siglo XIX, Aurelia Castillo, en un editorial que tituló «Esperemos», del periódico *El Figaro*, de 24 de febrero de 1895, alegaba al respecto:

Una gran revolución opérase entre otras varias en nuestros días; la mujer reivindica sus derechos. Ella ha sido la última sierva del mundo civilizado. Aun algo peor que eso: ella ha sido hasta ahora la soberana irrisoria de una sociedad galante y brutal al mismo tiempo. Las leyes tiraron una línea entre

el hombre y la mujer, y sobre esa línea alzaron las costumbres elevadísima e infranqueable muralla. La mujer hubo de acatar leyes en cuya confección no tomaba parte. Sus destinos se decidieron sin consulta para nada y decretada quedó su eterna minoría, su posición de perpetua protegida, posición humillante que deja ancho campo a todos los abusos y cuyos resultados finales y ineluctable es la postración de la voluntad, si no la pérdida completa de la dignidad, ahogada entre ruines defectos de los que viven sojuzgados.³

Aurelia habla de la división de la sociedad; del espacio donde la mujer no participa y a la que solo el hombre guerrero tiene derecho al acceso, «quien no paga su contribución de sangre no puede tener voz ni voto en los destinos de la nación. El matrimonio es la gran carrera de la mujer, objeto de lujo y ostentación. La lucha no es contra el hombre sino contra la ignorancia».⁴

El matrimonio como institución que subordinaba a la mujer como propiedad de su pareja fue duramente criticado por importantes intelectuales cubanos.⁵ Este movimiento de inconformidad contra el contrato matrimonial permitió que, en 1918, Cuba se convirtiera en el primer país hispanoamericano en lograr la ley del divorcio.⁶ Antes de esta ley, los hombres tenían el triste privilegio de poder asesinar a su mujer por el supuesto delito de infidelidad y solo recibir condena de destierro. Por el contrario, ellas no tenían, ante la supuesta traición marital, similar respaldo legal.⁷

Como corriente de ideas políticas y filosóficas el movimiento feminista fue muy cuestionado en Cuba porque sus objetivos atacaban el poder de los hombres. La prensa cubana, dirigida por ellos, mostraba, salvo excepciones, muchas reticencias ante este modelo de cubana trasgresora, pues suponía un ataque a la virilidad criolla, acostumbrada a que el papel de la mujer fuera el de objeto de belleza y sumisión. En 1910, la revista habanera *Fémima* las satirizaba con un recurso muchas veces utilizado en Cuba: un mundo gobernado por mujeres que asumían los roles masculinos. Sin dudas, este criterio es ideal para desarticular las posiciones políticas de las feministas. El artículo referido se titulaba «La talla de las mujeres» y planteaba los siguientes criterios:

¿No contentándose ellas, con ser las más bellas, van a ser más fuertes que los hombres? Hoy en día la mujer tiende a desinteresarse de todo sostén y protección ¿qué implica esto? Que van conociendo su superioridad sobre el hombre. Mañana quizás [...] el hombre será desgraciado. La mujer hará humillarse ante ella al débil siervo temblando a su presencia [...] Tendrán que invertirse las costumbres y habrá que protegerlos como hoy se hace con las mujeres [...] mientras las mujeres están en la oficina [...] el marido cuidará de la mamita en su casa y lavará las medias a los chiquitines, entreteniéndolos para que no den mucha guerra y cuando venga su mamá los encuentre limpios. Los domingos cuando el hombre se haya portado bien durante la semana, saldrá de paseo con su mujer, que los llevará al

teatro y este lucirá un bastoncito comprado en la víspera por su compañera al paso por un bazar de juguetes.⁸

A pesar del tiempo transcurrido, esta idea se ha seguido abordando de forma similar en los medios de comunicación cubanos. El cine de finales de los 80 aportó, desafortunadamente, la película *Sueño tropical*, cuyo guión parecería apoyarse en el texto referido.

El tema, aún poco debatido y no resuelto, plantea la interrogante de si los hombres pueden ser feministas. La actitud solidaria mostrada por algunos intelectuales hacia los Congresos de Mujeres, de 1923 y 1925, incitó a sus organizadoras a crear el curioso término de «congresistas adictos». Con este calificativo denominaron a prestigiosas figuras de la intelectualidad como Fernando Ortiz, Juan Marinello, Ramiro Guerra, Arturo Montori y Raimundo Lazo.⁹

Una de las más polémicas oradoras de los Congresos, la periodista Mariblanca Sabas Alomá, en un texto de 1920 titulado «Masculinismo no. ¡Feminismo!», afirmaba, como respuesta al ataque de la prensa sobre su supuesta masculinidad:

Los hermanos espirituales de Don Juan que inmortalizó Zorrilla —tantos por desgracia— ponen el grito en el cielo cada vez que oyen decir de una mujer que es feminista ¡Oh! la plaga ¡Qué horror! las feministas [...] Tiemblan al pensar que la mujer deje de ser algún día el quebradizo bibelot con que ellos juegan, tiemblan ante el temor de que desaparezca la hembra para dar paso a la mujer. Que queremos masculinizarnos, ¡no!, queremos simplemente hacernos dignas del hombre y al decir el hombre nos referimos al hombre que piensa, que trabaja, que aspira, que progresa, al hombre que se desvela por remediar los males de la humanidad, que labora incesante por nuestro perfeccionamiento. Ellos, los hombres de talento y de altezas miras, no se asombran, como los hermanos espirituales de don Juan, cuando oyen decir de una mujer que es feminista, sino que por el contrario, lo apoyan y lo admiran [...] ¿necesitamos, para lograrlo «masculinizarnos»? No, al contrario: necesitamos ser más mujeres que nunca, necesitamos «feminizarnos».¹⁰

Todo indica que viejos debates abren nuevas perspectivas para discutir sobre los modelos de masculinidad que se han desarrollado históricamente en Cuba. La falta de memoria histórica —o «memoria rota», como muy bien definiera el ensayista puertorriqueño Arcadio Díaz-Quinones— sobre temas que cuestionan las corrientes de pensamiento relacionadas con los hombres y su poder, siempre han vinculado al feminismo a una cuestión menor.¹¹

El movimiento de liberación de las mujeres en la década de los 60 no solo fue relacionado con ellas; implicó también un desafío a los hombres y sus masculinidades. Si bien muchos de los congresos o talleres sobre masculinidades empiezan a rechazar o ignorar este legado, como si se tratara de un momento de venganza, las posiciones y expresiones misóginas

dentro de ellos tienen un inusual protagonismo. Es lamentable que los pasos en aras de construir un diálogo se conviertan en lo contrario.¹²

Aún sucede que cuando se escucha hablar de feminismo o machismo se igualan los términos. Una colega historiadora me decía: «tú trabajas el feminismo, que es el machismo de las mujeres». Tal afirmación demuestra la orfandad intelectual y académica sobre el tema, lo cual hace más complicado poder asumir la masculinidad desde la perspectiva de género.

Uno de los principales debates teóricos de las ciencias sociales de finales del siglo pasado fue la inserción del enfoque de género en todas las áreas de investigación. Esto se tradujo en un mayor interés de las publicaciones periódicas en referenciar el tema con números monográficos o dentro de las editoriales y sus colecciones específicas dedicadas a este tema.¹³

Denominador común en seminarios y conferencias sobre mujeres y género es la lista de ponencias con títulos muy sugerentes, pero con los errores teóricos más variados. Muchas conceden poco prestigio a los debates. Manifiestan escaso rigor e incapacidad para lograr un aparato teórico-metodológico que vaya más allá de los chistes alrededor del sexismo en el lenguaje y la utilización de los vocablos *los* y *las*¹⁴ o la sustitución de la palabra «mujer» por la de «género». No obstante, los ponentes validan su presentación con el argumento de haber utilizado la perspectiva de género. ¿Cuál es esta perspectiva que aparece solo referida como nombre y no utilizada como *corpus* de la investigación? Sin dudas, la inmadurez en la utilización de la teoría hace pensar que las sustituciones semánticas de palabras logran interpretaciones certeras de problemas en las ciencias sociales.

Las publicaciones de corte académico o divulgativo y los talleres han permitido acercamientos más profundos en temas de interés para los hombres.¹⁵ Como resultado, ya es notable un cambio de perspectiva en determinados grupos.

Escribir sobre masculinidades ignorando todo el pasado feminista, me parece un grave error conceptual, que cada día se propaga más en grupos de estudios interdisciplinarios, sobre todo en el mundo anglosajón.¹⁶ Por eso es importante definir lo que estamos haciendo en los estudios de masculinidades, de reciente inserción en la inmensa mayoría de los países de América Latina. En los últimos veinte años solo un pequeño porcentaje de los hombres en el mundo se ha relacionado con los llamados movimientos de varones, de una mayor aceptación en los países occidentales.

Las estrategias de estos grupos se han desarrollado alrededor de cuatro ideas básicas. La primera y más difundida tiene en el fundamentalismo machista su base de reivindicación, y exhorta a los hombres a perpetuar

los roles tradicionales de discriminación contra las mujeres. Se oponen a todo lo alejado de la imagen tradicional de masculinidad hegemónica, la cual no admitirá ninguna *deformación*. Su lucha se extiende contra los derechos de los homosexuales, los inmigrantes y cualquier otra manifestación que ellos consideren *deformada*.

Otra perspectiva estimula los *derechos de los hombres*, alentando la idea de que si el feminismo sirvió como plataforma reivindicadora para las mujeres, los llamados *men's rights* servirán para defender derechos usurpados a los hombres como poder demandar a las mujeres por su violencia invisible, romper el monopolio feminista sobre las investigaciones de género, lograr la custodia de hijos e hijas en plena igualdad legal con las mujeres, y tener derecho a una ley de paternidad plena.

Una tercera posición profeminista aparece muy vinculada a los movimientos de mujeres de los 70, asociada a los grupos que luchan por los derechos civiles. El profeminismo alcanza poca representatividad dentro del debate académico y de los movimientos de los hombres.

La cuarta idea, la más antigua de estos grupos, es la *mitopoética*, que contó con bastante influencia en los años 80, fundamentalmente en los Estados Unidos, liderada por el poeta Robert Bly, quien trató de reencontrar la energía masculina en tiempos de feminización de los hombres.

Masculinidades en Cuba. Un debate que comienza

Los estudios de masculinidad en Cuba comienzan a tomar cuerpo en la segunda mitad de la década de los 90 del siglo pasado. Pioneras fueron las investigaciones de Patricia Arés (Universidad de La Habana), Ramón Rivero (Universidad Central de Las Villas Marta Abreu), María Teresa Díaz (Centro Nacional de Educación Sexual, CENESEX), y Mayda Álvarez (Centro de Estudios de la Federación de Mujeres Cubanas, FMC). Mientras que Arés y Rivero enfocaron en sus estudios el tema de la paternidad, Díaz y Álvarez orientaron los suyos a la sexualidad y la construcción social de la masculinidad.¹⁷

Más tarde, con la llegada del nuevo milenio, comienzan a aparecer talleres que intentan promover el debate sobre un tema inédito aún a escala social. Ejemplo de dichos trabajos son los talleres: «Masculinidades y violencia en los jóvenes» (2002), del Proyecto María Luisa Dolz de la Escuela de Capacitación de la FMC Fe del Valle, y «Masculinidades y cultura de paz» (2000-2004), de la Comisión Género y Paz, del Movimiento Cubano por la Paz.¹⁸

Estas instituciones han convocado sistemáticamente talleres con trabajadores sociales, estudiantes universitarios, policías, reclusos, dirigentes locales, entre otros, con la idea común de debatir sus principales problemáticas y proponer alternativas de cambio. La primera de las ideas es relacionarlos como amigos, cuestión muy complicada por el sesgo machista que aún tenemos los varones en nuestro comportamiento. En muchos casos, las relaciones de amistad entre hombres son muy competitivas.

En estos grupos aprendemos a intimar, descubrirnos y contarnos cosas de nuestras vidas, algo que en otras circunstancias no haríamos. Es muy raro que un hombre, ante cualquier problema de trabajo, de estrés, o depresión vaya a llorar al hombro de un amigo para confesar sus frustraciones. Como se nos construye socialmente para rivalizar, regularmente el hombre debe cuidarse de no tener puntos endebles. Ni siquiera a los amigos se puede mostrar algún grado de vulnerabilidad.

Los hombres se socializan más fácilmente en temas como deportes y logros económicos. El deporte, particularmente, desempeña un papel fundamental en la socialización de la masculinidad entre los jóvenes. Se intuye que un joven con dotes para el deporte estará más preparado para enfrentar las durezas de la vida. Este ideal, heredero del olimpismo griego, propicia la necesidad de ser excelente en algún deporte, con la esperanza de granjearse el reconocimiento de los demás. Aunque en Cuba el desarrollo sostenido del deporte alcanza las más diversas disciplinas, es el béisbol como deporte nacional el que más pasiones despierta en los debates. Las peñas beisboleras, presentes en casi todos los municipios de la Isla, son espacios donde se socializan muchas opiniones.

Sobre el estatus económico, urge indagar cómo los patrones culturales obligan a los hombres a responder al arquetipo de buen proveedor del hogar. Para ello, se pone a prueba su capacidad para obtener bienes materiales. El éxito se corresponderá entonces con la realización económica, muchas veces marcada por la angustia de ganar dinero. En una sociedad con adversas coyunturas económicas, se hace muy visible la competencia por obtener los empleos más remunerados.

El arte es otra de las actividades donde es común ver a los jóvenes incursionar en la búsqueda de prestigio social. Si bien manifestaciones como el ballet clásico tienen menos aceptación por la suspicacia de una posible conversión a la homosexualidad, otras actividades como la música despiertan en los varones, desde temprana edad, la curiosidad y el interés por prepararse y alcanzar un lugar de privilegio.

En Cuba, los medios de comunicación siguen desempeñando un papel protagónico en la trasmisión

de valores relacionados con las masculinidades hegemónicas. Cuando alguien lee una noticia, oye la radio o ve un programa televisivo puede advertir preceptos machistas. Es evidente que la cultura profesional de los comunicadores enraíza prácticas e imaginarios que tienden a perpetuar los modelos de masculinidad vigentes. El fenómeno no es una singularidad mediática cubana. De las más variadas maneras, los grandes y pequeños emporios de la comunicación mundial masifican la idea de que la igualdad entre hombres y mujeres puede llegar con tácticas simplistas, como crear revistas destinadas a los hombres, donde la imagen y el cuerpo son lo más importante.¹⁹

El resultado de las encuestas que hemos realizado entre los participantes en los talleres aún no nos permite establecer conclusiones definitivas. No obstante, sí podemos establecer algunos parámetros de comportamiento en diferentes segmentos de la sociedad.

Los más jóvenes, por ejemplo, establecen sus propias angustias masculinas con la mira en el «cómo será» el futuro. Temen al alcoholismo, la violencia física y la drogadicción. Rechazan la desvinculación laboral, pero sus expectativas se orientan a opciones que le permitan tener acceso a los dólares. Por ello, muchos aspiran a incorporarse a sectores que, como la industria turística, garantizan un estatus económico muy favorable en las actuales condiciones de Cuba.

Las masculinidades de los cubanos se enfocan según la función social del individuo y de lo que esta le exige como comportamiento socialmente aceptado. Por ejemplo, un hombre será muy bien visto si cumple su rol de buen padre proveedor, cuadro político abnegado, joven o adulto exitoso en los estudios, mujeriego, músico, deportista o artista.

En Cuba, la masculinidad hegemónica sigue siendo representada por los hombres blancos, ciudadanos y heterosexuales. Parece contradictorio que una Revolución que rompió con los más disímiles estereotipos, no haya podido deconstruir tal modelo. Estos procesos interactúan en las complicadas matrices de las identidades masculinas, poco dadas a los cambios por decreto. Aunque en estos años se hayan estipulado leyes, disposiciones e instrumentos legales contra la discriminación, las exclusiones sociales, raciales y de género se vertebran en mecanismos no muy fáciles de desmontar. Incluso, a pesar de que hoy la sociedad cubana es mucho más multirracial y diversa en su sexualidad que en épocas anteriores, el mito del príncipe azul aún perdura en muchas mentes. Las madres añoran para sus hijas un «hombre de éxito», a la usanza del diseño de la masculinidad hegemónica. Tal prototipo

debe cumplir con las expectativas económicas, físicas y emocionales que se han relacionado anteriormente.

Curiosamente, comienza a percibirse cierta aceptación de modelos severamente censurados por la sociedad como es el caso del llamado «pinguero» (trabajador sexual), quien en ciertos sectores sociales y familiares es bien recibido. Por otra parte, las masculinidades marginadas por los jóvenes estarán influenciadas por criterios homofóbicos: homosexuales y travestis son muy rechazados. De manera general, los hombres temen a los arquetipos masculinos desfavorables, sobre todo si están relacionados con la diversidad sexual y el feminismo. Aunque estos temas comienzan a tener alguna presencia estable en los eventos organizados por las diferentes instituciones académicas en el país, todavía son pocos los espacios de debate.²⁰

Un miembro ilustre

Uno de los temas más controversiales en la discusión sobre las masculinidades es la relación del hombre con su sexualidad. Tenemos toda una mítica relacionada con la sexualidad y el supuesto extraordinario comportamiento de los hombres cubanos, fomentado con imaginarios que les dan atributos de excepcionalidad a sus penes.

La relación entre el hombre y su pene es algo que va más allá de cuestiones sexuales o biológicas. La cultura de la masculinidad latina le rinde un desmedido culto al órgano sexual masculino, nombrado de disímiles formas, pero en casi todos los casos asociado con objetos potentes y seguros.²¹ Es esta expectativa la que deben asumir los niños desde que advierten su «miembro», otro de los nombres más usados, lo que tampoco deja duda de su jerarquía, y del afán que despierta desde que se hace visible.

En una investigación titulada «Sexo tropical: el tamaño del pene en la imaginaria de estudiantes universitarios de La Habana», de la periodista Aloyma Ravelo, se expresa: «el hombre cubano es, desde niño, socializado para demostrar su hombría y poder sexual, a partir de sus dimensiones penianas».²²

Poseer un pene grande le abre al futuro hombre los caminos de la sexualidad pues, por supuesto, mientras mayor sea su longitud y diámetro, más resaltará su virilidad. En tres encuestas realizadas en talleres de masculinidades, efectuados en la Ciudad de La Habana, se pudo corroborar muchos de estos criterios. Las encuestas fueron aplicadas a 173 hombres y 57 mujeres de nivel medio y universitario con diferentes profesiones, y una conformación racial de 119 personas blancas, 88 negras, y 23 mulatas y asiáticas. Las edades

oscilaron entre 22 y 45 años. Sobre el mito de las dimensiones del pene, las encuestas situaron en primer lugar a la raza negra como la portadora de los más grandes, con un resultado de 71%. Se argumentaba su fortaleza genética y el origen africano. El cuestionario develó que 65% de las mujeres encuestadas preferían los hombres con penes grandes, opinión contraria a la que, de forma individual, le escuchamos a mujeres en muchas conversaciones anteriores a la encuesta, quienes referían no importarles el tamaño del pene y sí los valores espirituales. Tal contradicción indica la complejidad de los imaginarios culturales contemporáneos, así como la necesidad de abordarlos desde un punto de vista holístico.

En Occidente, esta contradicción tiene lecturas desde la literatura libertina del siglo XVIII, propuesta por el Marqués de Sade, en Francia. En *La filosofía en el tocador* se advierte desde la frase introductoria: «la madre prescribirá a su hija la lectura de este libro»; más adelante dirige un discurso a hombres y mujeres:

A vosotros, voluptuosos de todas las edades y de todos los sexos, solo a vosotros ofrezco este libro: nutríos de sus principios, que favorecen vuestras pasiones; pasiones con las que fríos y ramplones moralistas os espantan y que solo los medios que utiliza la naturaleza para lograr que el hombre llegue a comprenderse como ella misma lo comprende; escucha únicamente a esas deliciosas pasiones; su órgano es el único que ha de conducirlos a la felicidad.²³

El criterio falocéntrico en esta obra de Sade representa un diseño masculino, partiendo de la diferencia biológica que coloca al pene como centro del mundo. El investigador Víctor Seidler ha cuestionado la Ilustración por su propuesta de identificar la masculinidad con la razón y la organización de la sociedad en torno a los intereses de los hombres.²⁴

La falta de relación de los penes con la estética actual de la cultura, no permite la integración del cuerpo masculino a las artes sin dejar a un lado la morbosidad o la iconografía sadomasoquista propuesta por el artista norteamericano Robert Mapplethorpe.²⁵

Estando en Barcelona, en junio de 2003, fui a ver la puesta en escena de *Las marionetas del pene*, versión española de la obra *Puppetry of the penis*, de los australianos Simón Morley y David Friend, montaje que versa sobre las habilidades del pene que los actores convierten en verdaderas marionetas y le dan forma de torre Eiffel, el monstruo del lago Ness, un pelícano, una hamburguesa. Una vez más, constataba la utilización del pene como objeto icono de poder. La única actriz femenina en el escenario, Roser Pujol, opinaba al diario *El País*: «Las marionetas del pene son muy recomendables para que las marujas aprendan a ver el sexo de una forma mucho más natural, tienen un punto terapéutico».²⁶ La opinión de la actriz deja de nuevo a las mujeres reflexionando sobre cómo complacer a los

penes; sin embargo, los hombres quedan en el desconocimiento sobre su cuerpo, su sexo y su relación para el disfrute sexual con su pareja.

No obstante, muchos hombres que no están de acuerdo con este tipo de espectáculo se atreven a reaccionar como lo hizo Vicente Verdú en su comentario «El pene y su sombra», publicado en el diario *El País*, donde afirma que «Para las feministas que todavía se empeñan en la homologación integral he aquí la diferencia. Si en el teatro se montara un espectáculo con el cuerpo femenino de la misma inspiración que *Las marionetas del pene* hasta Miriam Tey se revolvería en las cenizas». ²⁷ En su crítica Verdú arremete contra las feministas, quienes pagan la culpa de la poca creatividad de los hombres con su cuerpo y especialmente con el pene.

En Cuba, no con la misma intención de rendir culto a los penes, la obra *La Celestina*, del grupo de teatro El Público, trajo a escena el desnudo masculino. Exhibida con una inusual presencia de público juvenil, varias personas que usualmente no van a ver este tipo de obra confesaron «que habían ido a ver la puesta porque algunos actores de la televisión salían desnudos». ²⁸

Tales tendencias de la industria cultural, lejos de ayudar a desmitificar dichos imaginarios, los exacerban. Así lo confirma el especialista Demián Ruíz, en su comentario titulado «Las rarezas del pene», publicado en la revista *Men's Health*, «Probablemente miras a tu pene del mismo modo que una vieja solterona contempla a su gato: crees que sus particulares atributos lo convierten en único y extraordinario». ²⁹ Este tipo de apreciaciones abunda en revistas destinadas especialmente a los hombres, las que se venden para que aprendamos a cuidarnos y querernos. En este sentido, llama poderosamente la atención que tales valoraciones lleguen a todas las manifestaciones culturales, arrastrando los mismos sesgos machistas, en cualquier latitud del planeta.

Otra de las manifestaciones de la masculinidad hegemónica es la masturbación en lugares públicos. Constituye una de las formas que los hombres eligen para dar riendas sueltas a sueños eróticos y morbosos, o a las frustraciones de una sexualidad no posible, violando casi siempre el espacio de las mujeres, que no tienen derecho a permanecer en ellos ante la agresión masculina. La Habana, como muchas ciudades del mundo, tiene lugares nocturnos donde las mujeres no pensarían frecuentar ante el temor a este tipo de agresiones. Hablando con un grupo de estudiantes universitarios sobre por qué no sucedía al revés y veíamos en las playas, cines y oscuras avenidas a mujeres enseñando sus órganos sexuales y masturbándose para que los hombres las vieran, se rieron y me dijeron que

eso era una locura que jamás sucedería. Sé que decir esto presupone una pura ironía.

La masturbación masculina en Cuba es parte de un rito de iniciación, y cuando este momento llega, pueden oírse expresiones jocosas cuando les tocan a las puertas de baños y habitaciones, tales como «Suéltala» o «Te voy a poner un cascabel en la mano». ³⁰ En ningún caso es signo de no aceptación y demuestra que algo importante, que reafirmará su masculinidad, está sucediendo. Este mismo entusiasmo no sucede con las mujeres, las cuales no hablan regularmente de sus masturbaciones. Entonces estamos hablando de aceptaciones diferentes sobre iguales actos de iniciación sexual y de placer, que son desvirtuados por el aprendizaje de la sexualidad, y que no son debatidos abiertamente en la familia, salvo en el caso de los adolescentes hombres.

Estos fenómenos indican la necesidad del diálogo y sus reflexiones. Sin dudas, a la guerra, la economía y otros asuntos están dedicados los grandes debates mediáticos e individuales de los hombres. Pero por qué cuesta tanto abrir a una polémica social algo tan usual como la sexualidad. La moralidad y los preceptos que implica no nos permiten ser sinceros con nosotros y nuestros placeres.

Homosexualidad en Cuba: tan raros como los demás

Entre las masculinidades que han sido objeto de todo tipo de discriminación, ocupa el primer plano la de los homosexuales. En el siglo XVIII, los primeros periódicos de la Isla ya estigmatizaban esta opción sexual. Desde el siglo XIX, el término homosexual ha condenado de forma injusta a quienes prefieren esa variante sexual ajena a la heterosexualidad, opción esta última que sí goza de una total aceptación y muchos, al asumirla, se vanaglorian de su condición de machos hegemónicos. Las personas homosexuales son juzgadas como flojas, débiles, femeninas, amaneradas. Tales atributos denotarían poca confiabilidad para ejercer determinadas profesiones, sobre todo las relacionadas con decisiones de poder. Este comportamiento está generalizado en todas las sociedades latinas, de una fuerte raíz homofóbica.

Un tema tan polémico para el contexto cubano como el de la homosexualidad abre una caja de Pandora que siempre ha estado tapada muy celosamente en la historia de Cuba, como si no existiera el asunto. Textos como «La maldición» (1998), del investigador Víctor Fowler, nos acercaron al asunto desde una perspectiva histórico-literaria. El autor refiere una serie de textos

Contribuir a transformar los modelos de masculinidades dicotómicas, encerradas en soluciones sin salidas, podría ser uno de los más loables aportes de los estudios sobre masculinidades.

que considera fundacionales, por corresponder a un período de constitución de nuestra cultura. Entre estos se encuentran los atribuidos al presbítero José Agustín Caballero para el *Papel Periódico de la Havana*; uno de ellos, «Carta crítica del hombre-mujer», del 10 de abril de 1791, identifica la problemática de la masculinidad con el de la homosexualidad masculina:

¿Quién podrá contener la risa cuando ve á un hombre barbado gastar la mayor parte de una mañana en peinarse, ataviarse y en ver copiada su hermosura en un espejo, cual lo practica la Dama más presumida? [...] A la verdad, yo no sé como hay Mujer que admita á su trato a semejantes avechuchos. Ellos representan el papel de Gallos entre las Mujeres, y de Gallinas entre los Hombres, al paso que de estos merecen la compasión, cuando de aquellas el desprecio.³¹

Caballero diseña una masculinidad en la que vincula la feminización de los hombres con problemas contra la patria:

Pregunto ahora: ¿si se ofreciera defender a la Patria, que tendríamos que esperar en semejantes Ciudadanos o Narcisillos? ¿Podrá decirse que estos tienen alientos para tolerar las intemperies de la Guerra? ¿Cómo han de ser varones fuertes y esforzados, decía Séneca, los que así ostenta su ánimo mujeril y apocado? Desengañémonos, el que se cría con música, bailes, regalos y deleites, forzosamente degenera en femeniles costumbres.³²

Si tenemos en cuenta que estas palabras le son asignadas a uno de nuestros primeros pensadores, constatamos cómo se está construyendo la masculinidad de una nación sobre la base de exclusiones de aquellos que no cumplan estos requisitos. En la décima con la cual cierra su texto, nos advierte el peligro que implica asumir rasgos de femineidad para los hombres :

*Infeliz Afeminado
que mereces este nombre
porque de carácter de Hombre
tú mismo te has degradado
Sigue tu camino errado,
y juzga como delicia
la más notoria estulticia
Pero no te has de montar,
Si te dicen al pasar
Angur mi Doña Dionisia³³*

Si la femineidad en los hombres implica rechazo, la masculinidad para las mujeres no deja de tener consecuencias lesbofóbicas. En opinión de la filóloga

italiana Analisa Mirizio, el vestido masculino constituye parte del rol sexual y, junto con otros factores, es el producto de un aprendizaje social;³⁴ que un hombre se vista de hombre es lo normal, mas que una mujer lo haga es un ataque a la virilidad masculina y a la moral establecida. Resulta probable que esta opinión prevaleciente determinara que el 17 de febrero de 1822 se abriera un expediente judicial con el título de «Criminales contra Enriqueta Fabez por haber andado disfrazada en traje de hombre», ubicado en la actualidad en un fondo del Archivo Nacional de Cuba. Más allá del caso en sí, que fue de los más escandalosos procesos judiciales sucedidos en Cuba, en la primera mitad del siglo XIX, cabe preguntarse: ¿qué violaba Enriqueta para ser juzgada? Primero que todo, el espacio público del poder masculino.

Enriqueta Fabez fue una médica suiza que, instalada en la villa de Baracoa para ejercer la medicina, se atreve a establecer una relación lésbica con una mujer de la zona llamada Juana de León. La lectura del expediente criminal nos habla de varias contradicciones en aquel vínculo inusual, pero lo que nos interesa es el análisis sobre la masculinidad y, sobre todo, cómo en las declaraciones todo el tiempo se juzgaban las características biológicas que definían su no masculinidad. La supuesta esposa engañada declaró que «empezó a espiar sus movimientos hasta que, una vez dormida se descuidó, pude descubrirle los pechos de una mujer, no como quiera abultados, si no por su configuración dan a conocer que ha alimentado algunas hijas». ³⁵

El hecho de que una mujer en esa época fuese médica constituía de por sí un delito. Pero además que se atreviera a violar los designios de la Iglesia y mantener una relación condenada como antinatural, hicieron del juicio de Enriqueta, representación fiel de un tribunal de la Santa Inquisición al llamarla monstruo, criatura infeliz, y descargar sobre ella todo tipo de improperios. En realidad, más que juzgar la situación de víctima-victimario afloraba todo el andamiaje seguido para demostrar la falsa masculinidad de Enriqueta Fabez, por lo que Juana pide lo siguiente:

que se prestase juramento sobre el sexo e impotencia física del que se nombra Enrique Fabez disponiendo con su mérito que se conduzca esa criatura a esta ciudad y a presencia del tribunal sea reconocida por dos facultativos que al efecto lo haga desapropiarse de los vestidos y que cuando se le

desvista para deducir lo demás se convenga previa la seguridad con que debe mantenerse en la cárcel pública, hasta que otra cosa se determine conforme a justicia que pido en costos jurando no proceder con malicia y cuando fuera necesario.³⁶

El caso no es el único dentro del mundo colonial español. Otros países, entre ellos Colombia, también celebraron juicios por esta causa como el seguido, en 1745, en Popayán, contra dos mujeres acusadas de sodomía femenina. En La Habana, noventa y tres años después del caso de Enriqueta Fabez, la escritora puertorriqueña Luisa Capetillo fue arrestada por usar «ropas que son solo para hombres».³⁷

En opinión del profesor Rodrigo Andrés, los historiadores posestructuralistas han apreciado el hecho de que en diferentes momentos históricos se obtienen diferentes tipos de valoraciones sobre los homosexuales y las lesbianas. Para estas opiniones han sido muy importantes las diferentes prácticas discursivas que no solo las nombran, sino que de hecho las crean. La medicina y su función «higienizadora» de la sociedad fue la causante de muchos de las polémicas hacia la diversidad sexual.³⁸

Por ejemplo, en 1875, en Alemania, un médico de apellido Marx fue uno de los primeros científicos en pedir que se suprimiera del Código criminal la orientación sexual. Para ello, creaba un nuevo término denominado *urnings*, el cual refiere a persona de una naturaleza muy particular de género hombre-mujer. De este modo, intentaba una justificación médica al fenómeno. Para este científico, el tercer género busca

desde la infancia [...] la sociedad y los juegos de las niñas; adultos, se distinguen por su timbre de voz femenina y una gran timidez de carácter. Cualquiera cosa los abochorna, los asusta y les hace subir la sangre al rostro; les repugnan todos los ejercicios violentos; por el contrario, tienen gusto pronunciado por los trabajos de aguja, marcada preferencia por las costumbres de señoritas, las sortijas, las cadenas, las flores y los perfumes. Además manifiestan persistente repugnancia hacia las mujeres, no queriendo tener jamás con ellas contacto sexual.³⁹

La obra fue objeto de la más severa crítica en Cuba por parte del doctor Luis Montané, quien la calificó como «depravación moral». Durante el Primer Congreso Regional Médico de Cuba, en enero de 1890, se mostró particularmente severo acerca de esta investigación:

¿Es esa obra, la de un loco? ¿No es esta, ciertamente, la opinión de Mr. Marx, que se considera un sabio, un filósofo humanitario? Pero poco importa después de todo, que sea sabio o loco; lo que es necesario conservar de su folleto, es que ha sido libremente vendido en Alemania y que en dicho país existe el vergonzoso vicio que nos ocupa.⁴⁰

Más adelante, Montané ofreció detalles sobre una investigación de la homosexualidad en Cuba a partir

del estudio de 21 casos —4 europeos y 17 cubanos. Los dividió en activos y pasivos, según su conducta en la actividad sexual con el fin de resaltar la feminidad de estos. Llegó a afirmar que «la prostitución masculina tiene la misma organización que la prostitución femenina [...] destacándose los nombres por los que se conocen la Princesa de Asturias, la Pasionaria, la Verónica, la Isleñita, la Reglana, la Camagüeyana, Manuelita, Albertina, etc.».⁴¹

Las descripciones médicas de algunos casos corroboran esta opinión:

La Camagüeyana tiene las nalgas completamente reunidas de modo a formar una masa global [...], en el caso de Manuelita hemos podido observar el prolapsus de la mucosa, formando dos pequeños labios regulares, reunidos en su parte inferior y recordando clásicamente la vulva de una perra [...] La Camagüeyana presentaba el ano cubierto con un paño de tela ordinaria, probablemente para socorrer la incontinencia de materia fecal —en su afán por lo femenino algunos emplean este sistema con el objeto de simular un periodo menstrual. En la tentativa que hicimos de suspender una punta del paño, el individuo dejó escapar un grito penetrante, desplomándose, y pudimos asistir a un ataque clónico de histerio epilepsia. ¡Nada más frecuente que los ataques de nervios en el mundo de los pederastas!⁴²

Sabemos que una de las teorías médicas más discriminatorias para las mujeres del siglo XIX, fue la referente al útero hístico. En su planteamiento básico, se argumentaba que sufrían de histeria porque no tenían pene. El mismo comportamiento se le asignaba al homosexual hombre como una forma discriminatoria que lo aleja de la posibilidad de ser masculino y varón.

La homofobia es una actitud vigente aún en la sociedad cubana, y al igual que el machismo está arraigada en patrones culturales. El camino para socializar el debate sobre estos temas encontró terreno fértil con el estreno de una de las cintas más célebres del cine cubano. La exhibición de *Fresa y Chocolate* (1993), de los directores Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío, visibilizó a un personaje homosexual hombre como nacionalista y valiente. Se abrió con ello una polémica a nivel nacional, y el público cubano aceptó con beneplácito el filme.

A partir de entonces, la difusión de otros productos comunicativos audiovisuales por la televisión cubana mostró unas veces de manera tangencial y otras de forma más directa a personajes homosexuales. Lo mismo ocurrió en el teatro, las artes plásticas y otras manifestaciones artísticas. Incluso, aunque no ha sido exhibida la reedición del serial inglés *Queer and Folk*, de la cadena Show Time, en los canales de la televisión cubana, muchos espectadores han disfrutado esas historias. Rentadores particulares de video han detectado el interés de sus clientes en la temática, y la serie ha contado con una gran demanda. *Tan raros como*

los demás, traducción al español del nombre del serial es un llamado a pensar en los nuevos modelos de la masculinidad.

De alguna manera queda claro, al menos en las manifestaciones del arte de los años 90, una mayor libertad a la hora de expresar la diversidad sexual. La nueva tendencia parece haber dejado atrás las contradicciones de los años 60 al 80, cuando una fuerte actitud homofóbica obligó a muchos homosexuales a marcharse del país.

Solo los cristales se rajan...

Las diferencias generacionales matizan los comportamientos de los cubanos de hoy. Quienes hicieron la Revolución de 1959, están dando paso a otras con nuevos modelos que van dejando prejuicios del pasado y superan las propias expectativas creadas alrededor de leyes tan renovadoras como la del Código de familia, de 1975, que intentó romper modelos androcéntricos de convivencia hacia el espacio privado de la familia.

Hoy el debate está enfocado a leyes como la de la paternidad, y la posibilidad de que los hombres se sientan responsables de todas las actividades que realizan en el espacio público y privado.

No obstante, a pesar de las leyes escritas es innegable que la vida de muchos cubanos ha estado marcada por la fragilidad del hecho de ser hombres. Desde niños nos enfrentamos a afiches y eslóganes revolucionarios al estilo de: «Solo los cristales se rajan, los hombres mueren de pie». La comparación de la condición de hombre y masculino con el cristal, es un llamado a estar en eterna vigilia para demostrar, representar o aparentar, según sea el caso, un paradigma de masculinidad.

La mítica revolucionaria ha luchado contra las expresiones del machismo relacionado con las mujeres, pero se ha mantenido intransigente respecto a los propios hombres: no se han cambiado los valores de la masculinidad hegemónica. No serán leyes ni disposiciones oficiales las que reorientarán los primeros pasos.

Contribuir a transformar los modelos de masculinidades dicotómicas, encerradas en soluciones sin salidas, podría ser uno de los más loables aportes de los estudios sobre masculinidades. Pero estos cambios —ahí está la historia del feminismo para demostrarlo— tardan años y hasta siglos para llegar a resultados. Ojalá las reflexiones y el debate, ayuden a impulsarlos.

Notas

1. Esta y otras valoraciones sobre la relación mujer-moral en la literatura de la época colonial forma parte de la investigación que le permitió obtener a la profesora Díaz Canals el «Premio Iberoamericano de Ética Elena Gil 2001». Véase Teresa Díaz Canals,

Moral y sociedad. Una intelección de la moral en la primera mitad del siglo XIX cubano, Publicaciones Acuario, La Habana, 2002, pp. 123-6.

2. Véase José Martí, *Obras completas*, t. 8, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 310-1.

3. En este mismo número de *El Figaro*, dedicado a las mujeres cubanas, escriben importantes figuras de la cultura como Juana Borrero, Lola Rodríguez de Tío, María Luisa Dolz, Martina Pierra Poo, entre otras. Véase Aurelia Castillo, «Esperemos», *El Figaro*, n. 6, La Habana, 24 de febrero de 1895, pp. 66-7.

4. *Ibidem*.

5. Miguel de Carrión fue uno de ellos, no solo desde la literatura con obras tan conocidas como *Las bonradas* y *Las impuras*, sino también desde la prensa. En el diario *Azul y Rojo*, del cual era director, aparecieron una serie de artículos de su autoría. Véase Miguel de Carrión, «La ley de divorcio I», *Azul y Rojo*, n. 15, La Habana, 12 de abril de 1903, p. 4.

6. La relación de esta y otras leyes, como la de la patria potestad (1917), con el movimiento feminista cubano formó parte de los objetivos de mi tesis doctoral. Una versión de esta, obtuvo el Premio de ensayo en ciencias sociales de la VII Edición del Concurso Pinos Nuevos, de 2002, que auspicia el Instituto Cubano del Libro. Véase Julio César González Pagés, *En busca de un espacio: Historia de las mujeres en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.

7. La abogada Ofelia Domínguez Navarro escribió en 1928 un importante documento de denuncia sobre la situación jurídica de las mujeres cubanas. En su ensayo se hacen una serie de valoraciones referentes al androcentrismo del sistema legal cubano y su relación con la vida familiar. Véase Ofelia Domínguez Navarro, *50 años de una vida*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971, pp. 121-6.

8. «La talla de las mujeres», *Fémima*, n. 3, La Habana, 5 de abril de 1910, p. 2.

9. Los artículos de Fernando Ortiz, Juan Marinello y Ramiro Guerra estuvieron presentes en varias ocasiones en las páginas de *La Mujer Moderna*, órgano de prensa del Club Femenino de Cuba, asociación organizadora de los Congresos Nacionales de Mujeres. Las obras de Arturo Montori y Raimundo Lazo sobre el feminismo tuvieron gran acogida entre las simpatizantes de estos ideales. Véase Arturo Montori, *El feminismo contemporáneo*, Impr. La Moderna Poesía, La Habana, 1922; Raimundo Lazo, *El feminismo y la realidad cubana*, Impr. La Propagandística, La Habana, 1931.

10. Mariablanca Sabas Alomá, *Masculinismo no. ¡Feminismo!*, Santiago de Cuba, 20 de noviembre de 1920 [inédito]. Biblioteca personal del autor. La Editorial Oriente, en la pasada edición de la Feria del Libro tuvo la feliz idea de reeditar el ensayo sobre feminismo de esta importante figura de la política republicana. Véase Mariablanca Sabas Alomá, *Feminismo: cuestiones sociales, crítica literaria*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2003.

11. Agradezco al profesor Arcadio Díaz-Quñones esta y otras valoraciones sobre el pensamiento hegemónico imperial. Juntos recorrimos el norte de los Estados Unidos y Puerto Rico, en la primavera de 1995, como parte de un ciclo de conferencias que impartió con el nombre de «Las guerras del alma». Véase Arcadio Díaz-Quñones, *La memoria rota*, Ediciones Huracán, San Juan de Puerto Rico, 1993.

12. Como hombre que estudia la historia de su país desde la perspectiva de la diversidad, donde se incluyen las relaciones de género, raza, clase y opción sexual, siempre me ha llamado la atención la reacción de otros investigadores cuando les comento que me

dedico a estudiar la historia del feminismo en Cuba y su relación con los nuevos estudios sobre masculinidades. Burlas, chistes antifeministas y hasta valoraciones sobre mi persona han estado presentes en muchos de los diálogos.

13. Un esfuerzo loable es el realizado por la Editora Paidós, y su colección Género y Sociedad, la cual ha permitido tener acceso, en nuestro idioma, a las más importantes obras de autores como Judith Butler y Víctor Seidler. Véase Judith Butler, *El género en disputa*, Editorial Paidós Mexicana, México DF, 2001; Víctor Seidler, *La sinrazón masculina*, Editorial Paidós Mexicana, México DF, 2000.

14. Uno de los chistes más utilizados tiene su origen en un encuentro entre intelectuales cubanos. Cuando se hablaba sobre el sexismo en el lenguaje, un funcionario del Ministerio de Cultura señaló que entonces las referencias hacia todo tendrían que cambiar y dichos muy conocidos como «el perro es el mejor amigo del hombre» sería sustituido por «el perro y la perra son el mejor amigo y amiga del hombre y la mujer».

15. Las compilaciones académicas más importantes han sido las de Susana Montero y Zaida Capote, comp., *Con el lente oblicuo. Aproximaciones cubanas a los estudios de género*, Editorial de la Mujer, La Habana, 1999; Celia Sarduy y Ada C. Alfonso, comp., *Género: salud y cotidianidad*, Editorial Científico Técnica, La Habana, 2000; *Teología y género. Selección de textos*, Editorial Caminos, La Habana, 2003. El trabajo de divulgación ha estado presente en revistas como *Mujeres, Bohemia y Sexología y Sociedad*.

16. En países como los Estados Unidos, Inglaterra, Australia y Canadá empieza con mayor fuerza, en las décadas de los 70 y 80, el desarrollo de los llamados *Men's studies*. En la actualidad entre los autores de estos países que tienen una actitud agresiva hacia el feminismo se encuentran algunos considerados como clásicos: Robert W. Connell, Michael S. Kimmel, Michael Kaufman, David D. Gilmore y Matthew C. Gutmann. Para una compilación de artículos de estos investigadores, véase Teresa Valdés y José Olavarria, eds., *Masculinidad(es). Poder y crisis*, Isis Internacional, Santiago de Chile, 1997.

17. Véase Patricia Arés, «Virilidad. ¿Conocemos el costo de ser hombres?», *Sexología y Sociedad*, CENESEX, La Habana, 1996; Ramón Rivero Pino, «El rol paterno. Su problemática en Cuba», *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, Instituto de Filosofía, La Habana, 2000, pp. 89-106; María Teresa Díaz Álvarez, *El varón urbano antes y ahora*, Tesis de Maestría en Sexualidad, CENESEX, La Habana, 1999; y Mayda Álvarez Suárez, *Construcción socio-cultural de la masculinidad*, Editorial de la Mujer, La Habana, 2001. El autor de este texto también se incluye en este grupo, teniendo una visión sociohistórica de la masculinidad. Véase Julio César González Pagés, «Género y masculinidad en Cuba: ¿el otro lado de una historia?», *Nueva Antropología*, n. 61, México DF, septiembre de 2002, pp. 117-26, y «Homosexualidad, feminismo, travestismo y construcción de la masculinidad en Cuba», *Anla de Cultura Iberoamericana. Selección de conferencias, 2001-2002*, t. I, Cuadernos del Centro Cultural de España, La Habana, 2003, pp. 78-87.

18. La Comisión Género y Paz, surgida en 1996, promueve valores relacionados con la cultura de la no violencia y la alteridad cultural. El primero de los talleres fue impartido por la profesora Judith Astelarra (Universidad Autónoma de Barcelona) en 2001 sobre Sistema de género para los integrantes del Proyecto. Otros talleres realizados fueron «Masculinidades y violencia», con trabajadores sociales del municipio Plaza de la Revolución; «Masculinidades y cultura», para estudiantes de la Escuela de Música Amadeo Roldán de La Habana Vieja, ambos en 2002; «Masculinidades, variantes

para un cambio», para dirigentes de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), entre 2003 y 2004. En la actualidad se imparte un taller a los reclusos del penal Valle Grande sobre el tema «Masculinidades y cultura de paz».

19. Se destacan fundamentalmente tres tipos de publicaciones: las deportivas, eróticas y pornográficas, y «das de modas» y «estilo de vida». Dentro de estas últimas se pueden destacar *GQ*, *DT* y *Men's Health. La Revista de los Hombres*. Véase Marta Segarra, «Modelos de masculinidad y medios de comunicación», en Marta Segarra y Angels Carabí, eds., *Nuevas masculinidades*, Icaria, Barcelona, 2000, pp. 133-52.

20. Entre los espacios que ya tienen una presencia de los estudios de masculinidades, está el Diplomado de Género y Comunicación, coordinado por Isabel Moya desde la Cátedra Mirta Aguirre del Instituto Internacional de Periodismo José Martí. También han incorporado en su docencia esta perspectiva los programas de estudios de las maestrías de la Cátedra de la Mujer de la Universidad de La Habana, dirigida por Norma Vasallo, y el del Centro Nacional de Educación Sexual (CENESEX), que dirige Mariela Castro Espín.

21. Por eso es muy común oír que se denomine en Cuba como «palo», «tranca», «cabilla», «macana», «mandarria», «cohetec», clasificaciones que están infringiendo objetos de alta resistencia y protagonismo.

22. En la actualidad Aloyma Ravelo está escribiendo un libro sobre la sexualidad masculina. Le agradezco que me permitiera revisar algunos de sus trabajos no publicados. Véase Aloyma Ravelo, «Sexo tropical: el tamaño del pene en la imaginería de estudiantes universitarios de La Habana» [inédito].

23. Véase Marqués de Sade, *La Filosofía en el tocador*, Tusquets Editores, Barcelona, 1990, p. 8.

24. Véase Víctor Seidler, «La Ilustración y la teoría social», *La sinrazón masculina*, Editorial Paidós, México DF, 2000, pp. 23-30.

25. Véase Patricia Morrisroe, *Robert Mapplethorpe. Una biografía*, Circe Ediciones, Barcelona, 1996.

26. Véase Belén Ginart, «Las marionetas más impúdicas», *El País*, Barcelona, 3 de junio de 2003, p. 34.

27. Véase Vicente Verdú, «El pene y su sombra», *El País*, Barcelona, 16 de junio de 2003, p. 38.

28. Los desnudos en la danza y el teatro cubanos siempre han traído polémicas sobre si son necesarios o si son un efecto para lograr más público. *La Celestina* fue muy bien recibida por la crítica especializada y logró uno de los éxitos de taquilla más grandes de los últimos diez años.

29. Ver Demián Ruiz, «Las rarezas del pene», *Men's Health. La Revista de los Hombres*, abril de 2001, pp. 90-3.

30. Estas solo son dos de las muchas expresiones relacionadas con la masturbación masculina. Agradezco al antropólogo norteamericano Matthew C. Gutmann el haber compartido conmigo muchos de sus trabajos de masculinidad, entre los que se incluyen algunos relacionados con la iniciación de la masturbación de los adolescentes en México, y expresiones que utilizan como «chaquetear» y «de jala la cabeza al gallo». Al igual que los jóvenes cubanos, los mexicanos creen que los jóvenes se deben masturbar dos y tres veces al día «porque tienen la leche guardada». Véase Matthew C. Gutmann, *Ser hombres de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, El Colegio de México, México DF, 2000.

Julio César González Pagés

31. Véanse los textos introductorios escritos por Cintio Vitier, Fina García Marruz y Roberto Friol, *La literatura en el Papel Periódico de la Havana 1790-1895*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1990, p. 75.

32. *Ibidem*.

33. *Ibidem*, pp. 77-8.

34. Annalisa Mirizio, «Del carnaval al drag: la extraña relación entre masculinidad y travestismo», en Marta Segarra y Angels Carabí, eds., ob. cit.

35. Véase «Criminales contra Enriqueta Fabez por andar disfrazada de hombre (1822)», fondo Asuntos Políticos, Legajo 3483, Archivo Nacional de Cuba.

36. *Ibidem*.

37. La presencia de la líder feminista Luisa Capetillo vestida con ropa masculina fue recibida con escándalo por la prensa habanera. Véase Billiken Callejas, «Venus con pantalones», *La Prensa*, La Habana, 27 de julio de 1915, p. 8. Para indagar más sobre la vida de esta importante figura, véase la compilación de sus ensayos presentados por Julio Ramos, ed., *Amor y anarquía. Los escritos de Luisa Capetillo*, Ediciones Huracán, San Juan de Puerto Rico, 1992, p. 11.

38. Véase Rodrigo Andrés, «La homosexualidad masculina, el espacio cultural entre masculinidad y feminidad, y preguntas ante una crisis», en Marta Segarra y Angels Carabí, eds., ob. cit., pp. 121-32.

39. El profesor Luis Montané fue un prestigioso especialista en el siglo XIX cubano. El Museo de Antropología de la Universidad de La Habana lleva su nombre en la actualidad. Véase «La pederastia en Cuba (1)», *Primer Congreso Médico Regional de la Isla de Cuba en enero de 1890*, Imprenta de A. Álvarez y compañía, La Habana, 1891, pp. 581-2.

40. *Ibidem*.

41. *Ibidem*.

42. *Ibidem*.

© TEMAS, 2004.